

DESCARTES Y HOBBS

Francesc Arroyo

Da hasta vergüenza decir según que cosas. Sin embargo, de vez en cuando hay que decirlas, no basta con pensarlas. Permitanme ahora enunciar uno de esos hechos que son ciertos: El mundo existe. Es eso que está entre ustedes y yo y nos incluye.

Hecha esta declaración de principios, no perderé un ápice de tiempo (lo único que tenemos y que tan rápido se va) tratando de demostrarlo. Entre otras cosas porque ya lo han hecho por mí Hobbes y Descartes, quienes discreparon mucho, pero en este ámbito de la ontología tenían un acuerdo bastante general.

Otro asunto es que ambos llegaron a la misma convicción por caminos y vías diferentes, pero lo importante no siempre es el camino, a veces puede resultar más interesante la meta.

Lo cierto es que, en el verano de 1648, el marqués de Newcastle consiguió reunir en una misma mesa a Hobbes y Descartes. Fue en ocasión de una comida a la que también asistió Pierre Gassendi, así como el poeta y admirador de Hobbes Edmund Waller. Los dos pensadores aprovecharon ese encuentro para mantener una larga charla sobre la dureza, inexplicable, con la que habían hecho públicas sus discrepancias.

Las relaciones entre Hobbes y Descartes fueron, en términos generales, insoportables. F. Brandt ha llegado a afirmar que la principal fuente de discrepancias entre ambos era, precisamente, su coincidencia en no pocos puntos. Pasaré por alto una supuesta competencia entre ambos sobre la autoría prioritaria de determinadas afirmaciones sobre, por ejemplo, el color o el movimiento.

Muy posiblemente, como en el caso de la polémica sobre el cálculo infinitesimal entre Newton y Leibniz, la coincidencia no sea tanto producto del plagio como de la capacidad del espíritu del tiempo para influir en individuos concretos.

El vínculo entre ambos pensadores, vuelvo a referirme a Descartes y Hobbes, fue, desde luego, el abate Mersenne, a quien conoció Hobbes durante una de sus estancias en el continente y a quien frecuentó especialmente durante el período de 1640 a 1651, cuando vivió en París.

Descartes y Hobbes se encontraron una sola vez, la que ya he relatado y que ha narrado Waller y han recogido la mayoría de biógrafos de Hobbes, entre ellos, J. Aubrey. Fue ese encuentro la última vez que Descartes estuvo en la capital de Francia, poco antes de instalarse en Suecia.

Previamente, en 1645, hubieran podido coincidir también, pero Hobbes evitó deliberadamente el encuentro. Y es que, verdaderamente, se profesaban escaso cariño, aunque se tuviera consideración intelectual.

La correspondencia de ambos muestra de forma clara y distinta la ambivalencia de los juicios recíprocos. Pondremos sólo unos pocos ejemplos.

En 1646, Hobbes escribe a Sorbière, que más tarde traduciría el *De Cive*, con motivo de la próxima aparición de este mismo texto:

Si el señor Descartes llegara a notar o sospechar los preparativos para la publicación de mi obra, estoy seguro de que maniobrará lo que pueda, créamelo usted, porque lo sé.

Tres años antes, en 1643, había sido Descartes quien, en una carta a un destinatario desconocido, escribió:

Encuentro (a Hobbes) mucho más hábil en moral que en metafísica o en física, si bien no puedo aprobar sus principios y máximas, muy peligrosas, en cuanto que suponen que todos los hombres son malos o tienen motivos para serlo.

A este juicio de valor, lo conociera o simplemente lo intuyera, responde Hobbes reconociendo a Descartes mérito como geómetra y añadiendo que hubiera dado buenos frutos de haber persistido en ello, en lugar de adentrarse en la filosofía con tan pobres resultados, según recoge Aubrey, que añade una coletilla que pone el dedo en la llaga. A saber, que lo que verdaderamente no podía digerir Hobbes de Descartes era su teología.

En efecto. La clave está en la discrepancia teológica y aún teologal. Y es que, como no podía ser menos tratándose de grandes pensadores, ambos vieron pronto qué pie calzaba el rival.

Quien esté especialmente interesado en la polémica filosófica encontrará el núcleo de la misma en las objeciones de Hobbes a las *Meditaciones Metafísicas* de Descartes, y en las respuestas de éste.

De esta obra hay una traducción adecuada en los *Clásicos* de Alfaguara, hecha por Vidal Peña, a la que no quiero yo dejar de hacer, aunque menor, una objeción.

Antes, sin embargo, voy a referirme someramente a este tipo de acción, la discrepancia crítica.

En mi opinión, una cultura sin polémica es una cultura mortecina. La discusión, la discrepancia y su expresión pública son síntomas de vitalidad cultural y de respeto por el adversario. No nos engañemos, discutir con alguien es reconocer que nos lo tomamos en serio y pensar que vale la pena plantarle cara.

El elogio sistemático y el silencio, en ambos casos, son inaceptables, filosóficamente hablando.

El primero es, en el fondo y en la superficie, un insulto solapado. Sólo de los tontos esperamos que crean que su corbata es la más bonita del mundo y que su modo de pensar carece de precedentes y no tendrá igual en el futuro.

El silencio es el abandono de la palabra, el rechazo de aquello que nos caracteriza como humanos.

Añadiré que hoy vivimos, en el ámbito de la cultura, tiempos de silencios y elogios desmedidos, apenas roto por quienes pretenden que la crítica es la descalificación y el insulto del contrario convertido en enemigo. Tiempos en los que releer las *Meditaciones, con objeciones y respuestas*, produce un escozor casi de envidia.

Y no quiero dejar de preguntarme cuántos pensadores contemporáneos admitirían pasar un original a la crítica de sus colegas y se tomarían luego el trabajo de responderles.

No tengo respuesta. La imagino, pero no la formulo en voz alta porque, como Descartes, temo estar engañado por un potente genio maligno.

Tras este breve paréntesis, la objeción de Vidal Peña, a quien desde hace tiempo admiro. En castellano, las ordinales posteriores a décima no son onceava, doceava, etcétera. Así pues, Hobbes, el filósofo inglés de las tercera objeciones, dicho sea de paso para aquéllos que no lo hubieran identificado, formula 16 objeciones a Descartes. La última de ellas está bien adjetivada en la traducción de Peña, pues se la ha llamado precisamente "última". No así la undécima, duodécima, décimo tercera, décimo cuarta y décimo quinta, denominadas, respectivamente, onceava, doceava, treceava, catorceava y quinceava, términos cuyos sentido es otro.

Y no será vano citar aquí parte de la respuesta octava, aquí si la terminación es correcta, sobre la conveniencia de ponerse de acuerdo respecto al sentido de las palabras, aunque sólo

sea porque en los últimos tiempos está mal visto hablar de filosofía sin hacer alguna referencia, por banal que sea (y lo son tantas) al lenguaje.

Volvamos ahora, brevemente porque el tiempo corre, a los puntos flacos de Hobbes y Descartes, es decir a la teología.

Hobbes, por más que lo intentó, no engañó a nadie. En todas sus obras colocaba abundantes páginas demostrando que lo que él decía iba a misa, es decir, casaba con las afirmaciones bíblicas. Y tanto esfuerzo sólo sirvió para que, poco después de morir él, los estudiantes ingleses, en un gesto de insólita civilización, quemaran sus escritos por ateos.

De ahí que el hecho de que Descartes constituyera a Dios en garante del conocimiento le estomagara, como dice Aubrey. Buena parte de sus objeciones son circunloquios de una y la misma afirmación: Dios existe, por favor, señor Descartes, búsquese otro apoyo, que lo hay. Pero nunca lo escribió con esta claridad.

Descartes, claro, lo entendió perfectamente y se negó a cambiar. Habría que ver si el Dios cartesiano tiene existencia real o, como ocurre con el de Hobbes, da lo mismo, porque aunque no existiera todo seguiría igual. Ésta, desde luego, es mi opinión. En la medida en que es la razón la que crea a Dios, es la razón la última garante del conocimiento.

Dios, desde luego, no es la piedra filosofal. Dicho lo cual, permítanme cerrar esta exposición recordando que Hobbes, con 91 años, próximo a la muerte, escribió para su lápida una inscripción que nunca sería grabada:

"Esta es la verdadera piedra filosofal"

Hacia ella vamos.